

X V. GABRIEL GARCES

X INMIGRACION E INDIGENISMO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

INMIGRACION E INDIGENISMO

(Estos páginas forman un capítulo de la obra escrita, bajo este título, para la Oficina Internacional del Trabajo, de la que su autor es representante en nuestro país).

No han faltado afanes y propósitos inmigratorios en nuestros países indo-españoles. Acaso con el ejemplo de Argentina en donde la oleada inmigratoria europea ha sido y sigue siendo grande, y con sus éxitos, se pensó en América del Sur, especialmente, en cumplir semejantes programas de atracción masiva de gente deseosa de trabajo y progreso en esta parte del mundo. Brasil y Venezuela han ensayado, quizás con mejores resultados, su plan inmigratorio de índole colonizador. Unos tras otros los demás países han intentado cosa igual, con distintos resultados. Es claro que en donde ha habido visión correcta de esta clase de problemas y el conocimiento veraz de sus requerimientos previos y posteriores, se ha hecho obra justa de alistamiento y de coordinación a fin de conseguir la corriente de inmigrantes y no hacerlos fracasar al primer choque con la realidad. De todos modos, inmigración colonizadora en proporciones mayores no se la ha conseguido en condiciones de ventaja permanente sino en poquísimos casos y en pocos países.

Múltiples son los factores adversos para lograr la inmigración anhelada en nuestras áreas sudamericanas y en éstas, especialmente las que tienen procedencia indígena y actual substancia aborígen en sus pueblos. Países en cuya extensión territorial se encuentran, sin aglutinarse, capas demográficas diversas y categorías sociales, si no opuestas, al menos sin entrabarse mutuamente para fortalecer el carác-

ter nacional, es evidente que han mantenido un ritmo desigual y siempre lento respecto a sus menesteres de progreso. Como no fue posible que blancos, mestizos, indios y negros se fusionasen en una cultura adecuada y de equilibrio, se ha conservado la separación en estamentos o grandes grupos diferenciados incluso con los caducos criterios raciales y con vigentes sistemas de oposición económica. Particularmente ha sido notable y constante el hecho del apartamiento que la historia consagró y que la actualidad consolida, apartamiento de las zonas humanas indígenas en nuestros países. Apartamiento, separación, distancia irreductible entre los grupos indios de los pueblos y las demás jerarquías socio-culturales. Más de un siglo de vida política independiente en los Estados americanos indo-españoles, no ha sido bastante para fundir y refundir en un solo crisol nacional a su elemento demográfico. Ante este hecho que nadie se atrevería a negar en esta parte de América, hoy y desde ayer se piensa en mejorar nuestros pueblos acudiendo al factor inmigratorio. Como el poder unificador de la vida no ha dado resultados efectivos todavía, queremos buscar otros caminos de resurgimiento, y allí emerge la panacea inmigratoria como solución para la pobreza física, económica y social de estas naciones.

Pero precisamente nuestra contextura demográfica heterogénea resulta, a la postre, adversa para los planes inmigratorios. No se abre bien los ojos a la verdad americana en esta materia y a ciegas se pretende atraer gente foránea mejor cultivada, más apta, más técnica, más vigorosa, olvidando que en estos países llevamos masas humanas dispersas a las que no podemos abandonar aún más en su destino de parias, ni podremos emplear, como en el pasado de algunos países, el enérgico camino de la eliminación de tales masas porque se las consideró negativas y difíciles para el progreso. En todo caso, al hacer referencia a estos grandes grupos humanos colocados atrás en la existencia americana se trata de los indios, seres desafortunadamente puestos al final de la escala social en nuestros pueblos.

Yo no he podido olvidar nunca el falso sentido económico y el más falso aún en el orden social que suele mantenerse en zonas mentales tradicionalistas de nuestro país. Hace unos años, un delegado ecuatoriano a una conferencia internacional de índole económico-agrícola solicitaba que se arbitren los urgentes remedios para conseguir jornaleros extranjeros para defender la absoluta y total atonía de la agri-

cultura nacional debida a la falta de braceros, de trabajadores para las haciendas, de gente que busca ocupación en las faenas rurales ecuatorianas. Inmigración de jornaleros, de trabajadores agrícolas, se demandaba con ahinco. Quien había de imaginarse que en forma súbita los millares y millares de indígenas y montuvios del Ecuador que tradicionalmente han sido los jornaleros y braceros de la labor agrícola, hubiesen desaparecido como por arte de encantamiento! Y en efecto había crisis de la mano de obra rural y campesina; los hombres del diario afanar agrario se negaban a trabajar; los peones no querían reintegrarse a sus faenas. ¿Qué es lo que había acontecido? Sencillamente este fenómeno explicable y claro: que dichos trabajadores prefirieron las obras públicas, los jornales que allí se pagaban, o distinta clase, de actividades mejor remuneradas, antes que persistir uncidos al yugo ancestral del asalariado campesino en donde el salario resultaba mínimo. Incluso el hecho bien evidente de que los indígenas, en muchas zonas del país, se habían transformado en pequeños comerciantes, pequeños industriales, restaba automáticamente la mano de obra en las propiedades de este país. Por cierto era, preciso sonreírse al pensar que la extraña nostalgia de trabajadores del agro iba a ser reemplazada por la urgente demanda de inmigrantes braceros, calificados y técnicos agricultores de Estados Unidos y Europa, a quienes, como es sabido, hay que abonar justos y buenos salarios porque su standard de vida es muy distinto que el de los miserables jornaleros nativos!

Hé ahí la falsa visión acerca del fenómeno inmigratorio, entre nosotros. Me refiero preferentemente al Ecuador, pero me atrevería suponer que cosas semejantes se pueden hallar en Perú, en Bolivia y acaso en algún otro país análogo en la estructura socio-económica y en sus características demográficas. Todavía se cree equivocadamente que el trabajador nativo es malo porque sí y que es necesario sustituirlo por el trabajador inmigrante, rubio, fornido, bizarro pero sin hacer referencia jamás a sus regímenes de vida y, por lo mismo, a la valoración económica de su trabajo.

Es preciso mirar con detenimiento el panorama físico y hasta geográfico de nuestros países y mirar, así mismo, el panorama económico-social existente en ellos. Es bien sabido que fuera de México en donde su revolución agraria pretendió y consiguió —no querría suponer que hoy no lo consigue integralmente— alterar la fisonomía de su país y cambiar

la fase feudal o semifeudal de la propiedad de la tierra por sistemas de mejor reparto; aparte además de los cortos ensayos o modificaciones hechos en otros países; fuera del viejo sistema de las comunidades y la propiedad colectivista; aparte así mismo de los ensayos cooperativos existentes con más o menos éxito, todo lo demás se mantiene sin cambios, acaso como sucedía en la Conquista y el Coloniaje hispano en América en cuanto al régimen de la tierra. Es verdad que sí se han dado pasos de afirmación del sentido social de la propiedad. Es cierto también que la legislación moderna tiende a hacer más flexible y humano el derecho de dominio de los bienes o métodos de la producción agrícola. Tampoco se puede desconocer cómo la técnica moderna, el maquinismo, la ciencia y la experiencia alteran radicalmente los sistemas de crear riqueza obteniéndola del suelo nutricional de esta América nuestra. Pero todo esto, que es muy bueno, es aún escaso, es todavía en escala reducida frente al enorme realismo de todos nuestros países. Las conquistas logradas son aún pocas en relación con lo que falta por conquistar en este terreno.

La tierra, supremo bien agrario, está en manos de las minorías y por la general de las que poseen dinero o capitales y no propiamente de las que poseen condiciones reales de trabajo. Esta es la verdad económica-social en América hispana, sin que semejante afirmación deba adjudicársela a un afán comunizante ni nada por el estilo. Neofeudalismo, así se calificó a la etapa económico-agraria por la que en general atraviesan todos los países de esta zona americana. Y es obvio suponer que siendo la tierra el factor esencial para la economía agraria de estos países, quienes más ahincadamente la gozan y la poseen son gentes económicamente fuertes. Lógicamente, pues, la propiedad agrícola está en relación directa, en cuanto a su dominio, con la potencialidad económica de los pobladores de cada país. En estas condiciones, a mayor pobreza general corresponde carencia de medios de trabajo, falta de recursos de producción y, por lo mismo, minoría propietaria de la tierra y mayoría sin propiedad alguna. Las grandes masas humanas de cualquier país americano, restringiendo la consideración en forma particular a los tres países andinos de grandes bloques indígenas, deben situarse aparte del régimen de la tierra, salvo, como ya se ha dicho, los casos de la tradicional forma comunaria o de condominio, la cual inclusive parece hallarse en crisis, pese a la defensa

teórica que de tales sistemas hacen nuestras leyes sociales. El asalariado rural y agrícola se impone, por consiguiente, puesto que los pueblos no han adquirido aún otros caminos de empresa o de lucha económica. Y este asalariado, en formas variadas, constituye la mano de obra indígena y campesina en general en nuestros países que fincan todavía en la producción agrícola la mayor parte de su riqueza.

Las modalidades del trabajo campesino en la agricultura no son otras que las viejas maneras impuestas por el empirismo desde hace siglos. Como cultivaba el maíz el hombre incásico, o como lo hacía el azteca, o el maya, etc., así mismo cultiva hoy el indio y el mestizo y aún el blanco en todas las regiones agrarias. No han cambiado los sistemas o han cambiado demasiado poco ciertamente. De la mano humana que abría el surco para depositar la semilla apenas si se ha pasado al arado de tracción animal que aumenta alguna celeridad al proceso previo y posterior de una siembra. Pero el tractor mecánico, la máquina poderosa, el recurso técnico no se emplea sino escasamente. ¿Cuándo un propietario rural de pequeña envergadura económica y además cultural, un hombre de las serranías andinas, un mestizo agricultor y peor un indígena dueño de alguna tierra, cuándo van a poseer un tractor, si su costo es fuerte y si no sienten apegos a la innovación de procedimientos de trabajo porque nadie se los han enseñado? La llegada de la técnica a nuestras latitudes ha sido lenta y recelosa, si cabe decirse así. Entró al ambiente urbano de la industria, pero no avanzó sino escasamente a las zonas del trabajo campesino. La técnica y su vehículo, la máquina, apenas son recursos modernos que se emplean en determinados lugares agrarios de estos países. Y esa enseñanza técnica naturalmente no puede penetrar sino cuando haya posibilidades de verdadera aplicación en semejantes medio seconómicos y sociales. Mientras esto acontezca, persistirán los sistemas rutinarios y, con ello, el rendimiento tendrá que ser fatalmente malo y deficiente.

Ante la pesadumbre que produce la consideración de estos hechos comunes a nuestros países, ha habido afanes políticos y administrativos que trataron de superar estas condiciones. Por eso se ha pensado en procesos de culturización humana en nuestras clases trabajadoras y, por lo mismo también, pensando acelerar el procedimiento, se ha buscado el remedio en proyectos de inmigración y de ésta, la de carácter colonizador.

¿Cómo debe propiciarse una adecuada y correcta inmigración colonizadora para países que llevan en su propio seno gran cantidad de hombres nativos, grupos humanos a los que es menester, no abandonar, sino proteger debidamente? ¿Será posible sostener hoy aquel criterio negativista, eliminatorio de los grupos aborígenes porque una mentalidad arcaica los consideró inadaptados para el progreso social, de tal modo que se pretenda renovar la "sangre", cambiar la "raza" en estos países apelando a la influencia biológico-espiritual de grandes contingentes extranjeros calificados?

Semejantes interrogaciones necesitan esclarecimiento. Hace algunos años el autor de estas líneas escribió un pequeño artículo con el mismo título del actual, que se publicó en la revista "América Indígena", del Instituto Indigenista Interamericano. Entonces, los problemas enfocados fueron naturalmente los mismos que hoy se enfocan, por cuanto no han variado mayormente en su esencia y substancia. Mantuve y mantengo el firme criterio de que la inmigración colonizadora para América, (la llamada latina pero que es preciso llamarla hispano-indígena), tiene que ser una sabia y correcta combinación de lo propio de cada país, de su valer humano, social y cultural, con el elemento extraño que penetra en la intimidad de un pueblo. Por consiguiente, aléjese el sueño o la utopía de inmigraciones masivas, enormes, desmesuradas, que pudiesen venir a remodelar nuestras patrias en forma rápida y completa. Aléjese la idea, desusada ya en nuestros medios sociales, de que es posible, o vivir aislados y en plena confianza de que el propio vigor del pueblo nativo ha de hacerlo todo, o depender total y completamente de la fuerza y lozanía de factores inmigrantes. Los dos extremos me parecen inaceptables en todo instante. México quiso hacer su pujanza solamente con su pueblo robusto y optimista, y realmente así lo ha hecho, aunque sin negarse a recibir aportes extranjeros calificados. Argentina procedió acaso a la inversa: alejó al criollo, lo confinó a mucha distancia, dispersó al indígena, lo ganó en batallas terribles que hoy una historia casi escondida nos lo narra. Argentina quiso y quiere europeizar a su pueblo, blanquear su estirpe y borrar, aunque sin conseguirlo, la nostalgia opulenta de su "gaucho". Dos políticas que, seguramente, no son aplicables al resto de América y menos aún en donde el pueblo es un complejo heterogéneo de colectividades, grupos, o zonas humanas de desigual movimiento cultural.

Menospreciar en absoluto al pueblo propio es tan defectuoso como creer a ciegas en su poder casi taumaturgo. Hay que reconocer que el hombre de nuestros propios lares si es hombre bueno, útil, progresista. El humilde campesino, el misérrimo indígena de las quiebras andinas, puestos a laborar con empeño en tareas de esfuerzo y lucha, lo hacen con maravillosa precisión. No hay razones para desesperarse por la pereza, la holgazanería, los vicios que se atribuyen nutridamente a nuestros indios. Edúqueselos, póngaseles en circunstancias favorables de economía y cultura, y su cambio tiene que ser notables y justo. Hoy nos lamentamos porque este hombre arisco y huraño no trabaja bien ni rinde como un fuerte y enérgico trabajador vasco o nórdico, suizo u holandés. Sentimos envidia de esas razas llenas de contextura vital enérgica, al comparar con la esmirriada calidad de nuestra gente. Pero no consideramos jamás cómo vive este trozo de humanidad nuestra, cómo ha vivido durante siglos, sin que jamás haya habido una metodología, no compasiva solamente, sino justiciera y solidaria con sus derechos y fueros. Désele al rudo campesino o indígena cierta cultura, enséñesele un poco de técnica adaptada a sus capacidades, muéstrasele el tractor y otras máquinas agrícolas para que aprenda su manejo, indíquesele en qué consiste y para qué sirven los abonos químicos, las semillas mejores, las prácticas de cultivo convenientes, désele todo esto en un ámbito de justicia y economía razonable y América verá que sus hombres nativos, cualquiera que fuese su nombre o su alcurnia, cualquiera que resulte su abolengo étnico, prosperan y mejoran como lo hacen los buenos trabajadores calificados y técnicos de otras latitudes.

Pero tampoco vayamos al extremo opuesto, dañino como el anotado anteriormente. Con qué absurda manera solemos inclinarnos ante lo extranjero. Con qué morbos complejo de inferioridad exaltamos lo ajeno y nos entregamos a sus designios. No el snobismo solamente que fue una moda americana, de la América mestiza e indígena que nos abarca. Era algo más profundo, como el fruto de una actitud reverencial para Europa y Estados Unidos, pero exagerándolo desmedidamente. Mentalidad enferma ha habido que propugnó —yo no sé si hasta ahora— la necesidad de quitarnos el peso de la historia aborígen y mestiza, buscando de apuro el tamiz racial que nos debían traer otros hombres y otros pueblos.

El indigenismo que levanta más allá de los precisos límites la bandera de las reivindicaciones americanas, en defensa de los pueblos que fueron dueños y señores de estas tierras y sus descendientes actuales, tal indigenismo, si se empeña en mantenerse en extrema posición, hará daño colectivo más que bien, a la justicia social hemisférica. Indigenismo, sí, pero sin xenofobias arbitrarias y sin aberraciones desmedidas. Indigenismo que consiste en la valoración sagaz y discreta de los valores propios para aprovecharlos y mejorarlos, esto sí cuadra perfectamente en nuestros pueblos. Pero aquel movimiento que solamente contemple el endiosamiento de lo autóctono, la eufórica manera de rechazar lo foráneo para ensimismarse en lo doméstico, debe apagarse en sus excesos entusiastas o modificar sus programas de subido color de rosa. Ni el optimismo llevado al infinito en pro de lo nativo, ni la actitud fatalista y negadora de calidades en lo propio, por entregarse al hosanna de lo extraño. Hay que colocarse en terrenos de realidad, de verdad humana, de sentido exacto de las proporciones para no equivocar el sendero que incumbe a cada uno de nuestros países frente al problema de la influencia espontánea o artificialmente creada de culturas y sistemas de existencia que son comunes a otros países.

La inmigración europea vino en forma natural a América atlántica. Y es lógico que así haya ocurrido en largos años de movimientos humanos, hacia las direcciones del nuevo mundo. Todos los pueblos que miran hacia Europa (aunque sin dejar de mirar incluso al Africa), solicitaron de ella su aporte inmigratorio como una bendición para sus colectividades nacionales. Pasar hacia el lado del Pacífico ya fue tarea dura y grave que exigió muchísimo más tiempo. Por eso la América indígena subsiste con más certeza hacia el poniente continental, junto al mar de Balboa y en las mesetas mediterráneas. Se mantienen casi intactas las raíces demográficas en los pueblos que miran al occidente de América, porque a este lado, por las barras andinas, no llegaron o llegaron muy escasamente las corrientes inmigratorias de ultramar. Muy tarde ya en la evolución continental hubo medios de avanzar hacia el oeste, como ocurrió además en América del Norte. Es que Europa se alejaba más todavía y para el cuidado de los recién llegados era mejor tener más cerca la ruta del retorno, por acaso.

En cambio, precisamente por el innegable poder de

atracción del nuevo mundo, hacia El Dorado, hacia las tierras repletas de oro y de leyendas, hacia América virgen, los pueblos de Europa se desbordaron en oleadas masivas y muy especialmente, como ya se ha dicho, a los países atlánticos.

Pero, como hace notar Jesús Arango Cano, en su reciente libro "Inmigración y Colonización en la Gran Colombia", aquel movimiento inmigratorio solamente fue en tiempos de la Conquista y en los tiempos que le sucedieron. Después, se inmoviliza aquel movimiento y se detiene la carrera de migraciones. Los tres países a que se refiere Arango Cano, Ecuador, Colombia y Venezuela, solamente recibieron inmigrantes españoles en plena edad conquistadora, pero luego se paralizó incluso ese aporte ibero o apenas si llegaban extranjeros en forma escasa y siempre con caracteres individuales. Basta enunciar la cifra de 45 mil extranjeros existentes en Colombia, según el censo de 1951, en cita del autor en referencia, lo cual contrasta voluminosamente con la población general de más de diez millones de habitantes. No deben llegar a diez mil (*) los extranjeros en el Ecuador, según

(*) —La Dirección de Inmigración y Extranjería suministra estos datos: 9.957 extranjeros en 1951 y 717 más en 1952, lo que da un total de 10.674.

las apreciaciones del censo de 1950. Venezuela presentaba un panorama semejante, pero su nueva política inmigratoria de índole colonizadora que arranca desde 1927 y que halla sus mejores años en 1942, 1947 y 1952, las corrientes de inmigrantes han tomado categoría muy considerable y siempre bajo moldes de un bien trazado plan para el efecto.

El libro de Arango Cano describe con detalle los experimentos de inmigración colonizadora, tanto en el Brasil como especialmente en Venezuela. Halaga al espíritu darse cuenta de la manera precisa y justa cómo en estos dos países ha entrado en provecho de sus pueblos la conveniente inmigración. Particular énfasis pone el autor en el factor extranjero como elemento de superación "racial" y cuando se refiere a las posibilidades inmigratorias para Colombia, Venezuela y Ecuador, habla con fervor de las magníficas disposiciones existentes para mejorar étnicamente a estos países. No le satisface a Arango Cano el color cobrizo del indígena o la tonalidad morena del mestizo o los tintes negroides en el seno de la población grancolombiana. Le satisfaría, en cambio, mejorar la raza, blanquearla, europeizarla como hizo siempre Ar-

gentina. Ya he expuesto mi opinión adversa a los criterios raciales al tratarse de los pueblos y sus hombres. Las "razas" son cosa acabada en cuanto a su valor científico o como fundamentos de cultura. Esas "razas" mejores o aquellas otras inferiores, no tienen sentido en la metodología de la vida humana actual o en la evidencia de los problemas simplemente sociales. La raza como calificación del valer del hombre, ha cedido importancia para aplicarla a las especies animales a las que se pondera y alaba por su sangre. Los **pura sangre**, sean caballos o vacas, cerdos o gallinas, no caben en la alcurnia de los hombres.

Si la inmigración colonizadora bien dispuesta es aquella que forma núcleos de trabajo mediante la combinación de elemento foráneo, en un 25%, y elemento nativo, en un 75%, lo natural es que dichos elementos puedan recíprocamente aproximarse y colaborar con eficacia en la tarea común de fortalecer a un país. Yo no discutiré las proporciones técnicamente aconsejadas a este respecto, pero me daría temor de que los menos, pero expertos, ganasen a los más en cuanto éstos se colocan como aprendices de aquellos. Veinticinco hombres bien dotados y equipados pueden hacer realmente más que setenta y cinco inhábiles o novatos en las gestiones de una agricultura tecnificada. A menos que una selección atinada y justa buscase los medios de integrar núcleos permeables y de influencias metódicas que se proyectan hacia los grupos nativos. De todos modos, la receta inmigratoria y sus dosis variarían según las circunstancias y aún las localidades de cada país. El problema estriba necesariamente en cuanto a la presencia de indígenas en pueblos en que su número es considerable. ¿Qué se haría un núcleo de extranjeros que fuesen muy buenos y aptos frente a considerables grupos de trabajadores indígenas que se los adjuntase para que aprendan nuevas técnicas agrícolas? ¿Acaso el indio trabajador no se sentiría incómodo ante el rubio y bizarro extranjero que se le da como maestro y éste se sentiría incómodo también frente al esmirriado e infeliz aborigen? ¿El peón nativo es biológicamente inferior respecto al esforzado inmigrante, o es que el uno sin armas para su lucha se muestra débil frente al otro equipado de ciencia y experiencia? ¿Se darían las manos los extranjeros con los indios de nuestras serranías para integrar todos un gran frente de trabajo, o se establecería automáticamente la separación de "razas" y culturas y cada cual por su parte se iría aisladamente?

Toma caracteres de formidable problema si se considera que nuestros países indígenas, llevan en su seno millones de aborígenes en posición de innegable retraso en todos los órdenes de su vida y en sus recursos y métodos de trabajo. Toda política que obedeciera a afanes de mejoramiento racial y que fincase su éxito en inmigraciones masivas, estaría a mi parecer, ciento por ciento equivocada. Creer, como infortunadamente aún se cree, que las olas inmigratorias han de desplazar y sustituir a los indios, allí está el error inmenso.—¿Cómo destruir al millón de indígenas ecuatorianos, o a los dos y medio millones del Perú y a los tres y más de Bolivia? ¿Con cuántos extranjeros calificados podríamos reemplazar a esta millonada de indígenas feos, desaseados, hoscos, ociosos, mil y un adjetivos con signo menos que suelen aplicarse entre nosotros?

Conviene fijar la atención en la situación actual de los grupos indígenas, materia prima con la que se tratará de hacer amasijos sociales y económicos mediante el fermento inmigratorio que ha de darnos el ímpetu de una mejor cultura nacional. Los grupos indígenas, se lo ha dicho mil veces, se hallan dentro de un marco agobiante de postración económica y cultural. No tienen tierras o las tienen escasas y malas. No conocen técnicas sino que proceden empíricamente. No tienen créditos, porque para ellos el crédito es asunto lejano e inaccesible. Su trabajo, pues, es malo y rinde menguadamente en la economía del pueblo o apenas si da para la subsistencia de sus núcleos de población. El asalariado rural es el que demanda de sus brazos toda la energía productora y este hecho coloca a los indígenas en condiciones de absoluta inferioridad. Porque el campesino americano, hombre con letargo de siglos, no ha entrado por ninguna puerta de mejoramiento y aprendizaje. Porque el aborígen no halló expectativas de superación para sus viejos medios de trabajo. Esos hombres mantienen los hábitos de sus antepasados y así viven y así luchan hasta hoy mismo.

La labor educativa y cultural para la gente rural de estos países, de la que forma parte numerosa el indígena, es cuestión de patria, de integración nacional, de robustecimiento de sus nexos colectivos. Es preciso sensibilidad cívica profunda para admitir el imperativo de elevación humana de todas nuestras clases sociales. El extranjero, por técnico que resulte, no siente en su intimidad la afección creadora de porvenir ni se estimulará para las tareas de cultura en las

masas. El inmigrante no adquiere de inmediato amor a la tierra que lo recibe y acoge y menos a los hombres de su contorno geográfico. El hombre de otras latitudes se conforma con asegurar la supervivencia suya y de su grupo, antes, mucho antes que buscar el ritmo cooperativo con las gentes nativas. Por lo mismo, la pujante obra de enderezamiento de los indígenas ha de ser obra de cada pueblo, de cada nación, de cada Estado. Será trabajo duro y hasta heroico labrar un ámbito de mejoramiento de los pueblos en retraso. Y será labor complementaria y buena, esto sí, sobre la base inicial de la educación internamente conseguida, la que concierna realizar a los núcleos inmigratorios que llegasen a cada país americano para integrarse en las filas denodadas de su colonización.

Por lo mismo, échese lejos el criterio de eliminación del indígena porque esto es imposible. Abandónese el sueño de una "raza" creada con la mezcla químicamente perfecta de ingredientes humanos distintos pero selectos. Lo natural es que formemos nuestro propio pueblo con todos los factores positivos para formarlo, sin excluir a cuanto de bueno pueda venirnos de afuera. Pero no cabe hacer que la gran esperanza dependa de la nueva "raza", puesto que la propia nuestra puede ser buena y magnífica si es que logramos hacer de esta manera, mediante los recursos educativos y culturales adecuados al efecto.

Venga la inmigración colonizadora, en buena hora. Se trataría de situarla en zonas adecuadas, que no serán las que actualmente están pobladas y trabajadas, sino en posiciones geográficas aptas para una obra nueva y esforzada dentro de la tierra americana todavía necesitada de hombres que la pueblen y la trabajen. No es difícil que el error o el engaño procedan precisamente de suponer que la gente extranjera tiene que colocarse donde ya está colocado, desde lejanos años y hasta siglos, el pueblo nativo. Esa suposición o creencia, un poco ingenua e infantil, no la tienen sino quienes sienten ansiedad por los cambios de raza o por los que aspiran, violentamente, a que estos países se transformen en pujantes y progresistas debido, sobre todo, a la gestión milagrosa de la inmigración en masa.

Es indudable que la política inmigratoria tiene que asentarse, en nuestros países andinos, en una sana política, indigenista, entendiéndola a ésta en su verdadero y profundo significado. El indigenismo de verdad propenderá a hacer pro-

gramas de revalidación cultural y económica de las poblaciones aborígenes, con recursos nacionales e internacionales. El esfuerzo creador de nueva cultura para nuestros pueblos, incluidos naturalmente los indígenas, ha de dar a largo plazo sus resultados. No nos engañemos creyendo que transformaciones de esta naturaleza pueden realizarse por milagro y de la noche a la mañana. Son problemas cuya trascendencia y envergadura demandan tiempo considerable, acaso el paso de generaciones. Sueño vano será pretender acelerar procesos de culturización social indígena como para volcar en un lapso reducido todo un caudal de energías y sacrificios en pos de taumaturgias increíbles. Y confiar codiciosamente en la panacea inmigratoria masiva para reemplazar a los indígenas, esto es un errado empeño, equivocado camino de ilusiones. A los indígenas no se les puede eliminar ni se debe eliminar, practicando aquellas maneras que hace tiempos realizaron ciertos países para acabar con esos pueblos. Claro está que la metralla inmisericorde podría concluir esas vidas, pero nadie piensa en América indígena de semejante manera, nadie que sepa pensar, que sepa mirar las realidades humanas tales como son.

Por consiguiente, el camino único es el de mejorar, de cultivar a los pueblos aborígenes, brindándoles oportunidades para que la cultura haga su obra bienhechora. Y una inmigración colonizadora selecta sí puede servir de invalorable sistema de enseñanza, de guía, de orientación para nuestros hombres del agro, pero no en plan de competencia o de lucha, sino en función coordinada y lógica de mutua ayuda. No cabe la inmigración multitudinaria, como quieren los vehementes reformadores de la raza, sino la ordenada y sistemática afluencia de gentes que viniesen a trabajar, no a explotar el trabajo del aborigen americano. En cada país se impone, pues, la integración de serios organismos gubernamentales al que pudiesen tener acceso inclusive entidades privadas, que serían los mecanismos de indispensable estudio y preparación de posibles inmigraciones. No se crea que el inmigrante es un prodigio viviente que todo lo consigue, que todo lo transforma, todo lo arregla. Este ha sido otro engaño que nos ha conducido nacionalmente a los fracasos. Consiguientemente, hay que preparar a cada país para recibir gentes extrañas que se acogen a la hospitalidad nacional.

Inmigración colonizadora, sí, pero sin pretensiones con respecto a que con ella ha de librarse a los países de grandes

núcleos indígenas precisamente de estos núcleos humanos. Semejante criterio significa una terrible aberración sociológica, un error demográfico, una equivocación política inclusive. Inmigración dosificada por los requerimientos de cada país, pero nunca con el intento de reemplazar con elemento extranjero al trabajador nativo. Inmigración para la colaboración en la gestión de patria, pero nunca para la competencia desleal de unos hombres contra otros hombres, por el simple hecho de que éstos son nacionales y menos preparados para las jornadas que la ciencia y la técnica han rendido en otros pueblos.

Inmigración e indigenismo, en saludable acopio de gestiones de progreso, han de ser los pivotes necesarios para levantar a los pueblos hacia alturas de mejoramiento social. Pero no solamente inmigración y no solamente indigenismo. Es preciso combinar ambos factores en un plan bueno y justo, sin olvidar, además, porque ello es en extremo interesante, que la colonización tiene que apoyarse fundamentalmente en el grupo humano nacional y complementariamente en los grupos inmigratorios.

Mucho se ha dicho acerca de la necesidad de arreglar convenientemente a la población dentro del territorio, provocando un nuevo reparto, ya no solamente de la tierra, sino de los hombres y colectividades sobre su superficie. La técnica y la ciencia manifiestan que las estribaciones cordilleranas, el suelo en perpetuo declive, las tierras altas de las punas y los páramos andinos, no son los mejores medios para el desarrollo de las actividades de la producción agraria, puesto que incluso no son adecuados para la vida misma en su integral sentido biológico. En lo que al Ecuador concierne, misiones técnicas nacionales e internacionales han manifestado que las serranías valdrán apenas para la riqueza pecuaria, pero que las extensas zonas litorales serán y son hoy mismo la indudable reserva agrícola para el país. Con algunas diferencias es posible aplicar semejante consejo a otros países cuya analogía topográfica, geológica y ecológica con el Ecuador no dan señales de duda. ¿Cómo deberá hacerse, entonces, en estos países, para propender un movimiento de migraciones internas, de desplazamientos de la población trabajadora en general, de zonas pobres a tierras ricas y férciles, si tal anhelo choca especialmente con ancestrales apegos al suelo nativo, particularmente en referencia con las poblaciones aborígenes?

No obstante, el propósito colonizador no puede perder de vista en forma primordial al elemento humano propio, a la población nativa. Los programas colonizadores han de establecerse sobre esta base necesaria y, luego, con elemento extranjero que la inmigración consiga selectivamente. El hombre indígena es el que difícilmente se moviliza y menos aún cambia para siempre su "llacta", su pedazo de suelo, su ámbito, aunque le prometan maravillas. Apenas admitirá movilizaciones precarias, temporales con afanes de complementar su economía, pero para retornar luego a su ambiente propio fuera del cual se siente inconforme y desterrado, si vale decirse de esta manera. Otras escalas sociales, el mestizo por ejemplo, son fáciles de desarraigo de su medio y se adaptan en otros distintos, cuando los menesteres de la economía lo demandan. Es en estas filas humanas en donde se hallaría sin mucha dificultad el factor colonizador nuevo dentro de planes adecuados para el efecto. Más tarde, cuando el indígena aprenda y se dé cuenta él mismo buscará los recursos para acercarse, para ponerse en contacto y solicitar maneras de integrarse a las nuevas tareas de una colaboración agraria y social.

Esta me parece que es la gran verdad americana, indioamericana, con respecto a la inmigración colonizadora frente al movimiento indigenista de auténticos caracteres de sobriedad y de acierto.